

# MOMENTOS DE MAR EN BAROJA, UNAMUNO, PEREDA, PARDO BAZÁN Y GALDÓS

Ramón CODINA BONET



La mar está en la mente, en el corazón y en las entrañas del hombre y hasta puede que sea el mismo hombre en lo primigenio de su biología.

Desde tiempos antiquísimos arrebatada los ánimos y a veces los lleva a la locura: crea monstruos imaginarios (los hay reales), siendo él mismo hermafrodita (el mar, la mar). «Mítico», «legendario», «fabuloso», no son solamente literatura («...serán sólo montones de átomos —dice Baroja—

movidos por el viento y refracciones de cloruro de sodio disuelto, pero parece el ir y venir de las pasiones y la florescencia de las ideas en el cerebro de un ser grande»). Persona/bestia, ángel/demonio, tierno/voraz..., un universo de atributos donde faro, barco, vela, playa, roca, rompiente, etc., son accesorios, entorno del que es dueño y señor, le pertenecen, no los comparte, tal es su capacidad y forma de estar presente como un dios en su firme peana. Y que no se le confunda con un espacio o un lugar en donde se pretextan acciones porque él mismo y sólo él es acción suficiente y sobrada para un rico vaciado de su «psicología», fustigadora de la del hombre que en él se encuentra como ante un portento de múltiples estados temperamentales.

El tema postula un estudio riguroso y a la vez apasionado (son compatibles). Sin embargo, en esta ocasión sólo nos acercaremos a él con la parquedad de las olas arribando a la playa en días de bonanza, investigando unos pocos de entre los cientos de autores de miles de títulos entre poesía y narrativa (sólo novelas, en el periodo comprendido entre los años 1895 y 1925 se editaron en España más de dos mil), menguado propósito que, sin embargo, vale para descubrir rincones desapercibidos y para no abusar del espacio de una publicación que pertenece a otros colaboradores.

Se ha contado con los siguientes autores y obras: Baroja, *Una hora de España*, cuentos; Unamuno, *La tía Tula*, *Paz en la guerra*; Pereda, *Peñas arriba*; Pardo de Bazán, *La sirena negra*; Pérez Galdós, *El amigo Manso*, *Lecturas prohibidas*.

En nuestro caso, el rasgo más o menos común es explicar su mar sin mojarse y contarlo en tierras costeras norteñas por boca de visitantes oriundos



Pío Baroja.

del interior mesetario que arrastran una existencia conflictiva como lo era, por lo menos en la transposición mental de algunos de sus autores (Unamuno y Baroja especialmente) a raíz del vuelco existencialista.

Coinciden los autores, globalmente, en apreciar el mar en sus matices coloristas, en sus formas, movimientos, sonidos (menos) y dimensiones puestos en actitud contemplativa en visual de tirada fija y estática o de escaso barrido. También en los efectos emocionales (vivir el mar) y sensitivos, en trance de perfeccionar en él una personalidad imaginaria con un tratamiento análogo al que dan a sus tipos como si el hábito de inspeccionarlos para elaborar la narración se ejerciera igualmente en el reconocimiento de este otro protagonista, el mar, cuya personalidad parece achi-

car la de quienes la cuentan en el acto de contarla.

Son escritores que conocieron bien su tiempo y en él y por él se manifestaron con estilos que van desde las inflexiones en el romanticismo tardío hasta el naturalismo y el realismo dentro de una temática paisajística utilizada como motivos ornamentales y de acompañamiento interpuestos, al parecer, para «aclarar» la ficción y fijarla en un entorno de modo que las tensiones encuentren una variante que las haga más llevaderas (también para el lector). Pero dejemos que las cosas se expresen por sí mismas.

(Las transcripciones son textuales, pero reordenadas en razón de aprovechamiento del espacio).

Para Baroja el mar es: inmenso, gran devorador de hombres, monstruo que duerme, oceánico del norte y de empuje y vigor que embiste con toda fuerza. Verdoso del norte agitado por inmensas olas, Cantábrico jugueteón. Fosco, murmurador y erizado de espuma. Reflexión del alma del hombre, su flujo es su alegría, su reflujo la tristeza; vencido por la civilización protesta contra ella en los días de temporal; grande como es no tiene misericordia ni para los poderosos ni para los humildes y a todos aplasta con su furor.

Sus olas son oscuras, impenetrables, redondeadas, mansas, tranquilas, feroces, llegan a la playa suaves con languideces de mujer convaleciente, bordando puntilla blanca sobre la playa, y al retirarse dejan en ella negruzcas algas y oscuras medusas que brillan con destellos a la luz del sol; se estrellan contra

las rocas; se estremecen rítmicamente; al estallar contra las rocas se elevan hasta el cielo; sus movimientos son espiados por las rocas del pie del mural-lón; avanzan cautelosas, oscuras, pérfidas, y se agitan luego y parecen erizarse de llamas; van jadeantes, se retuercen, se fatigan, se detienen para tomar aliento y vuelan después frenéticas a estrellarse contra las rocas.

Los colores son: verdoso y verde amarillo, escarlata, morado, rojizo y rojo sangre, plata.

El olor es a marisco, que indica la presencia del viento del mar.

Baroja ha visto también círculos de espuma que giran con rapidez vertiginosa, y ha contemplado *las evoluciones del monstruo y una barca con la quilla descubierta (que) bambolean las olas como un ariete hasta las peñas; o cómo el agua, teñida de rojo por el sol moribundo, se entremezclaba y palpitaba con resplandores sangrientos*; el deslizarse de una trainera, una playa solitaria, el alargamiento del mar hasta unirse en línea recta con el horizonte; los reflejos del sol, la claridad de la arena de la playa entre masas de bruma, las bajas mareas, el ritmo acompasado.

Unamuno, al llevar a sus personajes a la costa vasca para aliviar sus existencias atormentadas, dice, escuetamente y sin el menor virtuosismo literario, que «miran al mar».

En *Paz en la guerra*, el insigne rector salmanticense se encuentra frente al mar con los batallones navarros entrando en Bilbao, y se explaya algo, no sin severidad, contando cosas de los aguerridos contendientes cantando el himno, *...aquellas notas (que) parecían querer escalar el cielo para caer, en cascada, más llenas y más graves a la tierra e ir a perderse en el rumor incesante del mar...* Lacónico en su descripción, macizo en su concepción, describe el tipo de hombre que *abre el cuerpo a la brisa del mar inmenso* para ir luego a *contemplar el mar, a entretenerse viendo cómo las olas rompen contra la costa*.

Su sequedad de lenguaje y de imágenes, su parquedad descriptiva, redundan en una exactitud plástica sin elegancia ni lirismo, mostrando un mar vital y grande, agonista y trágico, que no cabe en el corsé que la razón impone a las cosas, y por esto no lo trata con especial hedonismo.

No le preocupa a Unamuno trasladar el paisaje al lector, tan preocupado está por el lector mismo, el hombre, a quien quisiera ver modelado por sus «catedráticas» ideas de filósofo existencialista.



Miguel de Unamuno.

Neutro en vasta planicie, un poco más distendido, cita: *la línea limpia del horizonte y el mar inmenso y monótono que cela maravillas tales como para dar materia a fantasear fábulas.*

El Pereda del gran mar hay que buscarlo en *Sotileza*, que ha merecido el calificativo de epopeya. Pero en una novela tan intensamente montaraz como *Peñas arriba*, desde su aislamiento rocoso y elevado, en el corazón del costumbrismo montañés y montañoso y por otros puertos que no son de mar, hace que su mirada, *mirando al norte desde la cumbre más alta a que había subido contemple nuestro mar, nuestro Cantábrico tremebundo.*

### INTERMEDIO

(para pregonar un justo mérito)

*Río fluyente hacia el mar  
aunque no mar todavía  
eres tanto vía viva  
que sin tu lento avanzar  
menos vida y mar habría.*

(Anónimo).

Y a este propósito es la egregia condesa quien quizá más familiarizada con aguas poco profundas y más cercanas a su «playa de rubia arena» de Portadoso se fija en que *el río, ensanchado porque se acercaba a su desagüe en el mar, reflejaba en la superficie inmóvil, apenas estriada imperceptiblemente por la brisa de la tarde, los encendimientos del poniente, próximos ya a apagarse entre la cenizosa niebla de la noche.* O en la extensión de la ría, poblada de barcas de pesca... *espejeante, rebrilladora, salpicada de espuma un momento por el brinco de un delfín.*

Insiste en que *el río, próximo ya a desembocar y perderse en la ría; se hace más profundo y caudaloso y sus márgenes no encajonadas entre montañas, como las de otros ríos de la región, están guarnecidas de mimbres, alisos, cañaverales y sauzales frondosísimos.*



José M.ª de Pereda.

Finalmente, Galdós, sorprendido por lo que allá vio, no se sabe si en aparición o de otro modo ...*un barco de guerra, una de esas carracas que ostentamos para hacernos creer que tenemos Marina militar* (probablemente una alusión a la política naval que acompañó al siglo XIX y que tan bien conocía en sus principales episodios). *Era un vapor de ruedas que tenía, con buen tiempo, la vertiginosa andadura de cuatro nudos por hora. No servía para nada, pero era novedad estupenda para estos madrileños que nada saben de las cosas de la mar.* (¿Se referiría a la deficiente atención que se puso en la Armada desde el centro gobernante?). Y continúa con admiración y como con nostalgia de una Marina que debió



Galdós en la época de sus éxitos teatrales.

haber sido, describiendo *la limpieza y el orden de a bordo... la gallarda arboladura... la presteza con que los marineros suben como ratones por la jarcia... la comodidad de las cámaras... el reluciente acero de la artillería... la abundancia de los pañoles de galleta*, extendiéndose, con un rico y nada pedante vocabulario naval y una fraseología bien instrumentada, con la naturalidad de quien lo conociera de toda una vida a bordo.

Indistintamente, por aquí un faro *paseando con breves intermitencias su larga faja de luz blanca por el inmenso mar en tinieblas*, o aquel otro de Ribadesella que hace llorar a un emigrante retornado la noche antes de entrar en Santander; por allá, *el triste lago Nol que es un mar ermitaño...*, surgen, inagotables, elementos recreados por quienes se interesaron más por el conflicto humano, pero aprovecharon para presentar la mar y su mundo con fidelidad y destreza, felices momentos que convergen en una psicología común, la del hombre y las cosas animadas, «almadas», en un tú a tú que apresa lo profundo de su propia ancestralidad reencontrada.